LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 25 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 378

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

URIEL ACOSTA Y BARUCH SPINOZA
cuadro de S. Hirszenberg

Uriel Acosta, nacido en Portugal en 1591, descendiente de familia judía convertida al cristianismo, fué educado en la religión católica y llegó á desempeñar un cargo en un colegio religioso, pero acosado por invencibles dudas acerca de la divinidad de la religión cristiana, hubo de huir á Amsterdam, en donde abrazó el judaísmo; y como tampoco pudiera aplacar en su nueva fe la sed de verdad en que su alma se abrasaba, acabó por declarar que el Antiguo Testamento era una abusiva invención de los fariseos, declaración que le valió ser excomulgado. Quince años después entró de nuevo en la comunión judía; sin embargo, viéndose odiado, escarnecido, y finalmente lanzada contra él excomunión mayor, puso fin á su vida disparándose un pistoletazo en 1640.

Diez y ocho años contaba Baruch Spinoza cuando se suicidó su amigo y maestro Uriel Acosta: como él abrazó el judaísmo en Amsterdam y como él se separó de una religión que era demasiado estrecha para acomodar á ella sus elevadas ideas religiosas y filosóficas. Su panteísmo se refleja aun hoy día en la filosofía alemana y de él derivan más ó menos las teorías de Fichte, Hegel y Schelling. Mortalmente perseguido por los judíos de Amsterdam, huyó á La Haya en donde falleció en la mayor miseria, dejando escritas algunas obras que le han inmortalizado.

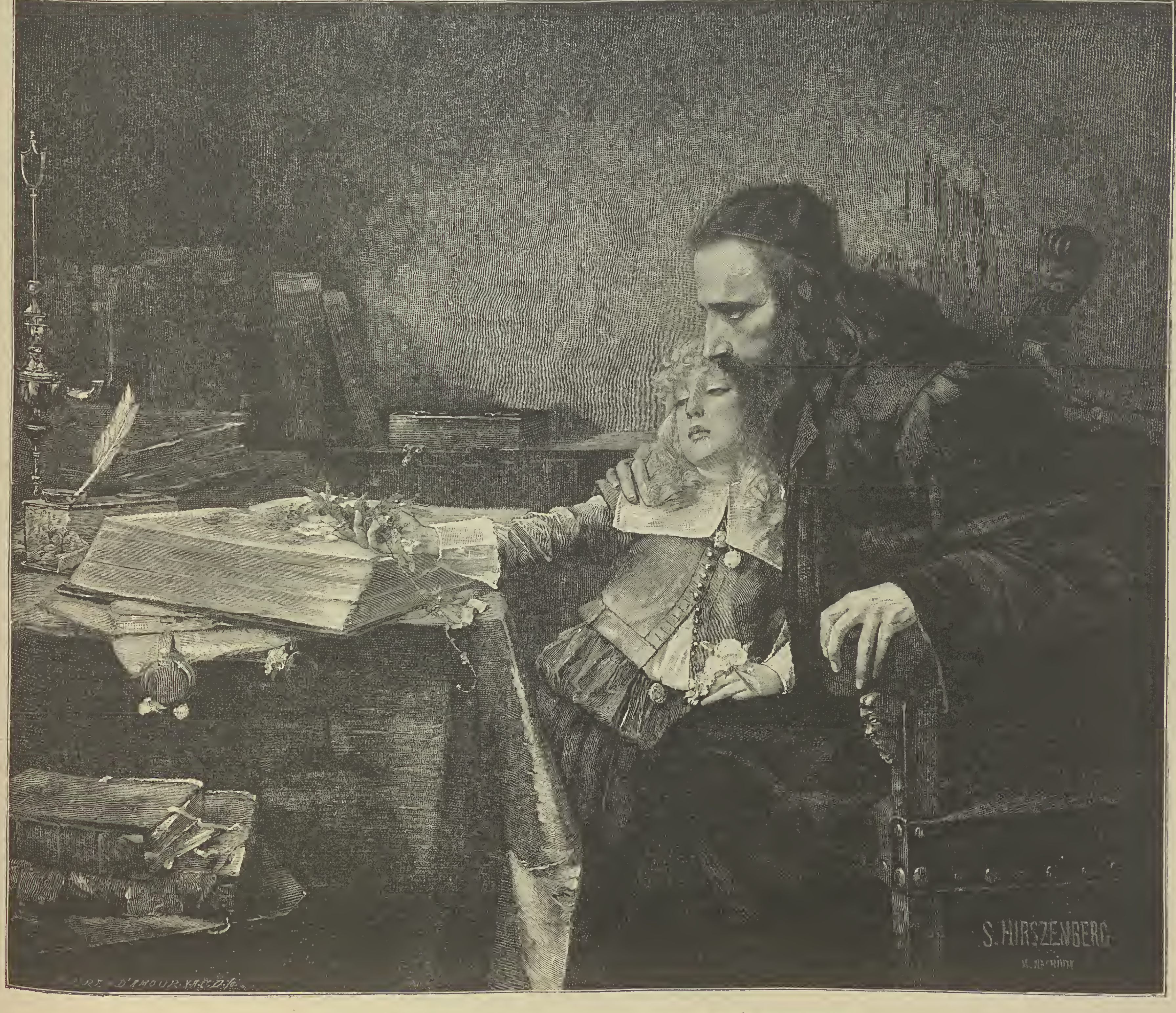
¡Encantador contraste el que ofrecen en el cuadro de Hirszenberg las dos figuras de los filósofos de Amsterdam! El rostro de Acosta es la expresión del dolor que siente próximo su fin después de una existencia combatida por el choque entre los fulgores del pensamiento que libremente vuela y las tinieblas de una generacion supersticiosa y fanática; la angelical faz de Spinoza es el rayo de luz que viene á consolar los últimos momentos del maestro mártir, poseído de una idea que forma la esencia de toda su vida.

¡Feliz el artista que ha sabido trasladar al lienzo tan simpáticas figuras despertando en el ánimo de los que las contemplan, sentimientos de conmiseración respetuosa hacia unos de tantos mártires del fanatismo religioso!

CENTRO DE MESA Y COPA ARTÍSTICA
(Exhibidos en la Exposición de Bellas Artes de Munich)

Los dos objetos representados en estos grabados han figurado en la última Exposición de Bellas Artes de Munich.

El primero de dichos grabados figura el remate de un magnífico centro de mesa, de plata, ofrecido por los pueblos y ciudades de Baden al Gran Duque heredero con motivo de su matrimonio. El dibujo de esta importante y artística pieza es del profesor H. Gotz,



URIEL ACOSTA Y BARUCH SPINOZA cuadro de S. Hirszenberg

director de la Escuela de Artes y Oficios de Carlsruhe; sus numerosas figuras han sido modeladas por H. Volz; y la ornamentación por Rodolfo Mayer, profesor de dicha Escuela. La base de este centro, que es de ébano con incrustaciones de plata, sostiene cuatro figuras alegóricas, representando el Mar, la Tierra, el Trabajo y el Descanso, rodeadas de emblemas apropiados, como delfines, perros, frutos y herramientas. Sobre ellas hay un capitel con tres musculosas figuras humanas que sostienen un hemisferio encima del cual descuella otra figura de mujer medio desnuda agitando una antorcha.

La copa de plata que representa el segundo de estos grabados ha sido ofrecida como premio por el Gran Duque de Baden al vencedor de las carreras de caballos de Pforzheim. La ha dibujado asimismo el profesor Hernán Gotz, y ejecutado Luis Par, joyero de cámara de Carlsruhe.

EN UN TEATRO POPULAR DE NÁPOLES dibujo de E. Limmer

El pueblo italiano, en medio de los defectos que con más ó menos razón le han atribuído algunos viajeros superficialmente observadores, tiene una gran cualidad no poco envidiable, la de ser un pueblo niño que cual ningún otro se entrega incondicionalmente á la más franca alegría y halla deleites sin cuento en los más infantiles placeres.

¿Cuántos siglos hace que polichinela representa sus bufonadas en la escena? ¿Cuantos que arlequín inventa las más inocentes tretas para arrancar á su amada de las garras de su tutor? Pues á pesar de esto el espectáculo resulta siempre nuevo y las cotidianas palizas que el infeliz polichinela recibe, son hoy acogidas con las mismas risotadas que lo eran hace centenares de años por una sociedad menos gastada que las actuales generaciones.

El dibujo que reproducimos es la mejor razón que podemos dar en pro de nuestro aserto; dibujo de impresión más que de ejecución acabada, parece la reproducción de un cliché fotográfico obtenido en uno de los momentos más divertidos de la representación escénica, hasta el punto de que sin ver el escenario casi podría describirse punto por punto la escena que en él se está desarrollando en aquel instante.

Este es el mejor elogio que puede apetecer un artista.

ABANDONANDO EL PAÍS, cuadro de Frank Holl

Cuatro individuos se hallan sentados en el banco de una estación de ferro-carril, el cual está arrimado á la pared de una sala de espera en cuya oscura ventana se lee el rótulo «Tercera clase.» En este rótulo viene á refundirse la síntesis de la patética escena, que tiene además por fondo la oscura entrada de dicha sala en la que aparecen confusas las figuras de dos soldados y el empleado encargado de taladrar los billetes.

Las cuatro personas sentadas en el banco son un viejo aldeano, un soldado joven, una doncella y una melancólica viuda, que está contando las escasas monedas, último recurso que le queda. Todos ellos ya por sus deberes, ya por su miseria, se ven obligados á abandonar el país, y alejarse del hogar doméstico, en busca de otra región que les proporcione mayores recursos ó algún lenitivo á sus penas.

Este cuadro, uno de los mejores del artista inglés, ha sido celebrado con justicia por los inteligentes, pues es de esos lienzos en que se ve expresada con exquisita suavidad uno de los más dolorosos episodios que en esta vida afligen el corazón humano.

ÁRABES JUGANDO AL CHAQUETE cuadro de L. Carlos Muller

El pueblo árabe es jugador por excelencia: el vicio del juego está tan profundamente arraigado en él, que bajo este concepto no puede establecerse distinción entre clases, pues lo mismo el noble que el plebeyo, el amo que el criado todos juegan, sólo que unos se dedican á juegos elevados como el ajedrez, patrimonio casi exclusivo de la gente ilustre, al paso que otros se entretienen en juegos fáciles, más al alcance de sus menguadas inteligencias.

La partida de chaquete que en su hermoso cuadro reproduce Muller es reflejo fiel de esta pasión tan desarrollada entre los orientales: analícense todas las figuras que entran en la composición, estúdiese la expresión de los semblantes y las actitudes así de los jugadores como de los simples espectadores y se comprenderá cuán embebidos están todos y cada uno de ellos en sus respectivas funciones y cuán abstraídos viven, en aquel momento, de cuanto les rodea. La escena pasa en un café, y sin embargo de lo que menos se cuidan los personajes es de la aromática bebida en cuya preparación no tienen rival los árabes; ni siquiera piensan en la repleta pipa que abandonada á un lado constituye para ellos en aquellos instantes un placer muy secundario: el juego y sólo el juego absorbe por completo su atención. Y no se crea que busquen en este vicio la mas pequeña ganancia, nada de eso; las más de las veces juegan únicamente por jugar, lo cual no es óbice para que sientan las mismas zozobras y las mismas alegrías que en nuestras casas de juego experimentan los que aventuran su fortuna á los azares del monte, del baccarat ó de la ruleta. Jugadores platónicos, por decirlo así, dan con ello muestras de una superioridad no pequeña sobre el hombre civilizado, que en el tapete verde se embrutece consumiendo el porvenir de una familia y marchando generalmente á pasos agigantados hacia la desesperación y la deshonra.

Monumento dedicado á Víctor Manuel, en Bolonia (*Obra de G. Monteverde*)

La ciudad de Bolonia asociándose al movimiento de gratitud que ha hecho brotar en todas partes monumentos dedicados a la memoria del amado monarca, inauguró en 11 de junio de 1888 el que en honor de éste levantara en la histórica plaza del Mercado, enfrente de la famosa catedral de San Petronio. Sobre un pedestal de cinco metros de altura álzase la estatua ecuestre de Víctor Manuel, notabilísima no sólo por lo perfecto de la ejecución sino por la expresión del regio jinete y por la actitud del brioso caballo. El traje de campaña que viste el rey, la firmeza con que se apoya en los estribos y sobre la silla, y la manera cómo sostiene las riendas de su montura indican que el artista quiso reproducir al ilustre caudillo en el momento de aprestarse para un ataque; el caballo con la cabeza gacha y las orejas tiesas piafa impaciente esperando el momento en que sienta en sus ijares la señal de lanzarse a la carrera.

Monteverde ha estado felicísimo en su obra imprimiendo en ella bellísimos rasgos que más brotaron del corazón del patriota que de la mente del artista. Se comprende: la figura del rey *galantuomo* despierta tan vivos sentimientos en el ánimo de los italianos que es imposible que un artista, y sobre todo un artista de las relevantes condiciones de Monteverde, se sustraiga á su influencia y deje de exteriorizarlos cuando el cincel ó el pincel por su mano movidos hayan de reproducir plásticamente ó en el lienzo al monarca amigo del pueblo, al inmortal fundador de la unidad italiana.

EL RAMO DE BODA

I

El clima de París no es muy propicio para las flores. Muchos años, el invierno se prolonga atrozmente á expensas de la primavera, y los meses de abril y mayo, que tan pródigos de colores y perfumes se muestran en las costas de nuestro Mar Latino, suelen ser allí fecundos en extemporáneos fríos y turbonadas, que no dejan florecer las márgenes del Sena.

Tal vez por eso mismo, no hay pueblo en el mundo tan aficionado á las flores como los parisienses.

El arreglo interior de las casas no es completo si no alternan con los muebles algunas plantas de salón. No hay mesa bien servida sin su centro de flores. Las flores son el complemento indispensable de la *toilette* del bello sexo, y no hay elegante del sexo contrario que no se prenda una flor en el ojal de la levita. Con flores se rinde culto á las Vírgenes en los altares de la fe y entre flores se rinde culto á Venus en los santuarios del amor. Y hay, en fin, virtud que resiste heroicamente á los incentivos de la riqueza, y sucumbe al embriagador efecto de un hermoso ramo de flores, ofrecido con oportunidad.

¿Quién extrañará, pues, que arraiguen y prosperen esas numerosas y magníficas tiendas de flores naturales, que el paseante admira en las calles más céntricas de París? ¿Y quién no se explicará que hallen fácil venta las enormes cantidades de flores y plantas con que se llenan diariamente los mercados especiales de La Cité, el Chateau-d'Eau, La Magdalena y otros muchos que han ido *floreciendo*, en la gran ciudad?

¿De dónde proceden tantas flores, preguntarán Vds., si las pocas que se obtienen en la zona parisién sólo se conservan, durante ciertas épocas del año, en invernaderos y en estufas?

La locomotora, hada incansable de nuestro siglo, ha hecho el milagro. Ella es la que surte diariamente los mercados del Norte con los productos más exquisitos de la flora meridional.

II

Una de las tiendas de flores más aparroquianadas de París era la de Julieta Morel, á quien todo el mundo designaba familiarmente con su solo nombre de pila.

Julieta, cuya edad rayaría en los treinta, era una morena de buen garbo, muy afable y simpática. Su don de adivinar el gusto de la gente le había valido aquella clientela, tan distinguida como numerosa.

Surtía de primorosas flores lo mismo á las ricas herederas del comercial *faubourg* Saint-Denis, que á las bellas mundanas del barrio Breda, y su parroquia se extendía por los aristocráticos *faubourgs* de Saint-Honoré y Saint-Germain.

Las noches de estreno, los artísticos ramos de Julieta llovían en el escenario y se amontonaban en el cuarto de la artista en boga. Los días de boda notable, sus guirnaldas de azahar adornaban el busto de la desposada.

Aun en pleno invierno, la tienda de Julieta parecía un jardín en perenne primavera. La rauda locomotora seguía operando el milagro.

Detrás de los cristales del mostrador, grandes manojos de rosas sonreían á los transeuntes, junto á flexibles ramos de lila que se inclinaban lánguidamente en lindos jarros de cristal de Bohemia.

Más allá, veíanse jacintos ostentando penachos de flores en erguidos y verdes tallos; camelias con sus pétalos de terciopelo blanco, rosado ó purpurino; brezos delicados y frágiles; violetas de Parma; fragantes jeringuillas; ramos de naranjo y limonero en flor, cuyo perfume delicioso dominaba á todos los de aquel jardín en miniatura.

Verdes plantas servían de fondo oscuro á los claros matices. Formiones de Nueva Zelandia y begonias de plateados reflejos se confundían en la penumbra de mimosas y azaleas. En último término se alzaban palmeras majestuosas; y todo estaba dispuesto con tal arte y exquisito gusto, que resultaba una encantadora armonía de aquella inmensa variedad de formas y matices.

III

En la tienda de Julieta, tres lindas jóvenes estaban ocupadas todo el día en hacer ramos, montar guirnaldas y guarnecer canastillos y jardineras.

La más bonita y más hábil de las tres floristas era Blanca Sary, ahijada de Julieta.

Con su blanco cutis, ligeramente rosado en las mejillas; con sus rubios cabellos, que al sol adquirían tonos de oro en hebras; con sus grandes ojos de un azul intenso como el cielo meridional de donde procedían tantas flores, Blanca parecía una Virgen de Guido Reni.

Tenía diez y ocho años, y su belleza resplandeciente había adquirido fama en todo París. Pero su joven madrina ejercía sobre ella una exquisita vigilancia.

Los señoritos que constituían su corte de adoradores, suspiraban en vano delante del mostrador en que la graciosa florista hacía ramilletes con admirable destreza y refinado gusto.

¡Cuántos madrigales sin más efecto que una sonrisa burlona ó un gesto de incredulidad, cuando no una mueca de desprecio!

A Blanca le importaban poco las galanterías, y miraba con la mayor indiferencia á los hombres que iban á hacer el oso en la tienda.

Sin embargo, entre los parroquianos de Julieta había uno que tenía el privilegio de hacer salir dos frescas rosas á las pálidas mejillas de Blanca.

El privilegiado era el marqués de Laval, hombre de mundo, muy considerado en los círculos de la alta sociedad, entregado en cuerpo y alma á cuantos placeres exigía entonces el buen tono. Su nombre esmaltaba con frecuencia las crónicas de la vida parisién. Su mayor preocupación consistía en hallar medio de gastar *dignamente* cien mil francos de renta. Tenía treinta años y pertenecía á una de las familias más distinguidas de Francia.

Cuando Blanca le veía entrar en la tienda, experimentaba una profunda emoción, de que se apercibían las demás oficialas.

– No tiene mal gusto, – se susurraban al oído. – ¡Si creerá que el marqués va á pedir su blanca mano!

Como otros muchos, Laval estaba prendado de la hermosura de Blanca. Pero de esto á pensar en casarse con ella, mediaba un abismo.

¿Cómo era posible, – reflexionaban las cavilosas floristas, – que tan noble *sportman* pensase en ceñir una corona de marquesa á la frente de una pobre oficialilla, hija de un oscuro maestro de escuela?

La muchacha había quedado huérfana á los doce años, y su madrina la acogió enseñándola su oficio.

Todo esto era muy santo y muy bueno, sin duda alguna, pero muy vulgar é indigno del encopetado señor marqués de Laval, cuya estirpe se remontaba á las Cruzadas.

IV

En el Club, conocía el marqués algunos socios que sentían por Blanca un ardoroso entusiasmo rayano del amor.

Más de un seductor de oficio había apostado que triunfaría de la sólida virtud de la florista; pero aun los más tenaces se habían visto al fin en la precisión de declararse vencidos.

La virtud de la muchacha fué proclamada plaza inexpugnable.

Después de haber rechazado en su fuero interno la idea de un enlace matrimonial con la ahijada de Julieta, el joven marqués convenía en que la belleza incomparable de Blanca corría parejas con su candor; y pensaba, además, que si cualquier otro marqués hubiese tenido el capricho de tomarla por esposa, la simple oficiala de florista se hubiera transformado fácilmente en una elegantísima marquesa.

Los amigos de Laval, temerosos de que cometiese alguna locura, resolvieron apartarlo de la florista por medio de otras distracciones. Le hicieron trabar amistad con el viejo duque de Holtry, cuya hija, Matilde, era una hermosa y simpática morena, digna de servir de modelo para una Venus andaluza.

El marqués de Laval estuvo atento, amable, casi galante con la simpática Matilde; en vista de lo cual sus oficiosos amigos auguraron para sus gestiones un resultado magnífico, proclamándose émulos de Metternich y de Cavour en materia diplomática.

Con todo, el marqués, sin dejar de frecuentar los salones del duque de Holtry, continuaba siendo parroquiano asiduo de Julieta Morel, en cuya casa pasaba á menudo las horas muertas.

Aunque no debían ser tan muertas como parecía, las horas pasadas por Laval en el taller de Blanca, á juzgar por las maliciosas murmuraciones de las demás floristas, compañeras de la ahijada de Julieta.

Ya fuese con el objeto de cortar aquellas murmuraciones, ó bien á causa de un notable enfriamiento en el entusiasmo del marqués, éste parecía ocuparse cada día menos de Blanca.

Pero este cambio de conducta coincidió con un considerable aumento en la pasión de Laval por las flores, – á lo menos por las de casa de Julieta, – pues cada día las compraba en mayor cantidad.

Las maliciosas suposiciones de las floristas no cesaron, pero cambiaron de objetivo, pues de pronto se observó que quien atraía al marqués era, al parecer, el ama de la casa. Y ello nada tenía de inverosímil, por cuanto Julieta era incontestablemente una real moza.

Varias veces, el marqués había entablado con ella animada conversación en voz baja. Esto no ofrecía en sí gran cosa de particular. Pero había la circunstancia agravante de que aquellos coloquios íntimos se habían celebrado detrás de unas palmeras de anchas hojas, que ocultaban discretamente á los interlocutores, con gran disgusto de las curiosas oficialas.

Estas murmuraban por su parte largas retahilas de comentarios, que no cesaban hasta que de entre las palmeras aparecía otra vez Julieta con cara de pascuas.

¿Qué era de Blanca, mientras tanto?

La pobre muchacha languidecía á ojos vistas. Su bellísimo rostro tomaba un pronunciado tinte de melancolía, y sus grandes ojos miraban con una tristeza que partía el corazón.

Sus compañeras no dejaban de mortificarla á menudo con picantes alusiones al desvanecimiento de las ilusiones vanas que ciertas jóvenes soñadoras acarician con sobrada facilidad. No hay nada peor, para una chica, que llenarse la cabeza de románticas ilusiones. Así echaban su cuarto á filosofía aquellas picaruelas, mientras sus hábiles manos confeccionaban ramos y guirnaldas, que parecían obra de hadas impecables.

El marqués tomaba parte, á veces, en la conversación de las floristas; y era de notar que con frecuencia hablaba de lo que al parecer mortificaba más á la pobre Blanca. A propósito de cualquier cosa, aludía al viejo duque de Holtry y ponderaba las cualidades de su bella hija. Más de una vez llegó al extremo de dar á comprender que sus amigos acariciaban un proyecto de unión entre las dos familias, y que él veía sin disgusto el resultado de las gestiones de aquellos diplomáticos casamenteros.



REMATE DE UN CENTRO DE MESA, *regalado al Gran Duque heredero de Baden, con motivo de su matrimonio*

V

Mientras tanto, la pobre Blanca lloraba en secreto la pérdida de sus doradas ilusiones.

El mes de diciembre llegaba á la mitad de sus días.

Desde la aurora, caía sobre París una nieve finísima y abundante, que daba cierto aire de respetable vejez á los árboles de los paseos y cubría de blanquísima y mullida alfombra el asfalto del *bulevar*.

Un elegante cupé se arrimó á la acera y paró delante de la tienda de Julieta Morel.

Del coche saltó el marqués de Laval, que entró apresuradamente en casa de la florista.

– ¡A ver! – gritó á Julieta. – Necesito un ramo magnífico, enteramente blanco, símbolo de pureza. Que se haga en seguida. Pongan flores de exquisita fragancia. Tiene que ser una verdadera obra artística, del mejor gusto.

– Quedará V. complacido al momento, señor marqués, – contestó la dueña de la tienda; y añadió con intencionada sonrisa: – Perdone V. mi curiosidad; pero ¿se puede saber á quién va destinado ramo tan excepcional? Lo encarga V. con tanto entusiasmo, que indudablemente debe de ir á parar á manos de persona muy distinguida y apreciada.

– ¡Al fin hija de Eva! – exclamó el marqués, haciendo á la florista una cómica reverencia. – Pero voy á satisfacer su natural curiosidad.

Y como el joven *clubman* hiciese una pausa para buscar tal vez en su mente la forma que había de dar á su interesante revelación, los ojos de Julieta y los de sus oficialas se fijaron en el rostro del marqués, como puntos de interrogación apremiantes é imperiosos.

El de Laval dirigió una rápida mirada á las floristas y contestó, emitiendo sus palabras á través de una amable sonrisa:

– Sepan Vds., señoras curiosillas, que se trata nada menos que del primer ramo que voy á regalar á mi novia.

– ¡Ah! – exclamaron ellas en muy diversos tonos.

Julieta hizo una mueca maliciosa, que nadie podía comprender, á excepción del marqués.

Las oficialas dirigieron á Blanca una mirada escrutadora, llena de pícara intención.

La pobre chica se puso pálida como una muerta y estuvo á punto de desfallecer. Pero tuvo fuerzas para dominar su emoción.

Entonces, como en el trastorno de una terrible pesadilla, oyó resonar en sus oídos zumbantes estas palabras de Julieta:

– ¿Has oído, Blanca? El señor marqués desea una maravilla de buen gusto y elegancia. Voy á reservarte la confección de ramo tan exquisito. Confío en tu habilidad. A ver cómo te luces.

Blanca bajó los ojos, haciendo con la cabeza una señal afirmativa, pero sin poder articular una sílaba siquiera.

– Se lo recomiendo á V. mucho, – añadió el marqués, apoyándose en el mostrador detrás del cual estaba sentada la hermosa ahijada de Julieta.

La joven levantó los ojos y dirigió á su interlocutor una mirada llena de melancólica tristeza.

El marqués perdió un momento la serenidad que se esforzaba en dar á su actitud; pero dominóse tan pronto, que ni las perspicaces oficialillas pudieron observar el efecto que en él produjera la intensa mirada de su amiga.

– Ponga V. mucho azahar, – continuó diciendo el aristocrático parroquiano. – El azahar es la flor que más gusta á mi novia... lo mismo que á V., si no me engaño...

Blanca bajó otra vez los ojos nublados ya por la tristeza, y á punto de dejar escapar las lágrimas.

Y continuó el marqués con aparente calma:

– Envuelva V. luego el ramo en finísimas blondas, y átelo con una ancha cinta de seda nacarada... En fin, haga V. un verdadero ramo de boda.

La joven florista, trémula, turbada, sentía espesarse la nube que se le había puesto en los ojos. Pronto acabó por no ver nada y por oir á duras penas. En la imposibilidad de contestar, inclinó otra vez la cabeza en señal afirmativa, mientras hacía girar maquinalmente entre sus dedos una guirnalda de rojos claveles.

Despidióse el marqués, ocultando la profunda emoción que experimentaba, y se precipitó en su cupé, que echó á rodar con apagado ruido por la espesa capa de nieve.

VI

Pero aun no había terminado el suplicio de Blanca.

Julieta, que al parecer no se apercibía de la emoción de su ahijada, escogió con solícito cuidado las flores que en su concepto eran más dignas de figurar en el ramo encargado por el espléndido marqués.

Cuando hubo llenado de flores una preciosa cestita de mimbre de Holanda, se la presentó á Blanca diciéndole entre jovial é imperiosa:

– ¡Ea, muchacha, manos á la obra! Y á ver como haces que resulte una obra maestra.

Entonces llegó para la sentimental florista lo más cruel de su tormento.

Parecíale que las flores se sonreían irónicamente en sus manos y que las espinas le desgarraban el corazón.

La pobre muchacha sintió que se desvanecía toda la fuerza moral de que había hecho acopio para disimular las impresiones de su alma. Y al romperse aquel dique de mal sostenida indiferencia, se desbordaron en un mar de lágrimas todos los sentimientos que la pobre enamorada había contenido en su delicado corazón. Y el llanto que inundó sus bellos ojos, fué cayendo en breve sobre el ramo como grandes gotas de rocío.

Pero ¡ay! no era el rocío refrigerante y vivificador de las frescas mañanas de abril y mayo. Era la candente lava de un volcán que destruye y mata.

Cada lágrima calcinaba una hoja de aquellas delicadas flores, y el ramo no tardó en presentar numerosas huellas de la tempestad desencadenada en el alma de la florista.

Afortunadamente, Blanca no se apercibía de aquellos estragos, y continuaba combinando flores y hermanando matices, con un gusto menos calculado que instintivo.

Entre el vaivén de los parroquianos y bajo las miradas maliciosas de las oficialas, Blanca concluyó por fin el ramo destinado á la futura esposa del hombre á quien ella tanto amaba.

Aunque las horas habían transcurrido con abrumadora lentitud para la infeliz enamorada, sometida al más cruel de los suplicios, se había hecho tarde. Era muy avanzada la noche, y la calma que reinaba en las calles de París, cubiertas de nieve, era indicio de que por aquel día se había concluído el trabajo en la tienda de Julieta.

Las oficialas se envolvieron en confortables abrigos, y se echaron alegremente á la calle, donde las esperaban (á pesar del frío y de la nieve) intrépidos novios, dispuestos á acompañarlas, no sólo á sus domicilios, sino hasta la mismísima Siberia, pues llevaban en el corazón bastante fuego para derretir todo el hielo del mundo.

Quedáronse, pues, solas Blanca y su madrina.

Quebrantada y vacilante, la joven levantóse y pidió venia para recogerse.

– A ver el ramo, – dijo Julieta.

Sin fuerzas para cogerlo, Blanca se lo señaló con la mano derecha, al mismo tiempo que con la izquierda se apretaba fuertemente el corazón, como queriendo contener la vida que por aquella entraña se le figuraba á punto de escaparse.

Julieta examinó el ramo, puesto en un jarro de hermosa porcelana de Sevres. Al punto echó de ver el estrago producido en las flores por el llanto de su pupila. Sólo entonces se hizo cargo del tormento á que durante algunas horas la había tenido sometida, y se arrepintió de todo ello. No queriendo prolongar aquel martirio, fingió hallar el ramo exento de toda mácula, y dijo á la muchacha entre dos cariñosos besos:

– ¡Bravo, bravísimo! Hija mía, has hecho verdaderamente una obra maestra. Estoy segura de que ha de gustarle mucho á la futura marquesa de Laval.

Blanca tomó una palmatoria y empezó á subir los sesenta y pico de escalones que conducían á su cuartito, situado en el piso tercero, junto al de su madrina.

– Julieta se quedó, – dijo ella – esperando al marqués que debía volver por el ramo.

A la luz de la palmatoria que Blanca llevaba en la mano, pudo verse como de sus grandes ojos se desprendían dos gruesas lágrimas, y como en su frente se marcaban señales de los encontrados pensamientos que en su mente se agitaban.

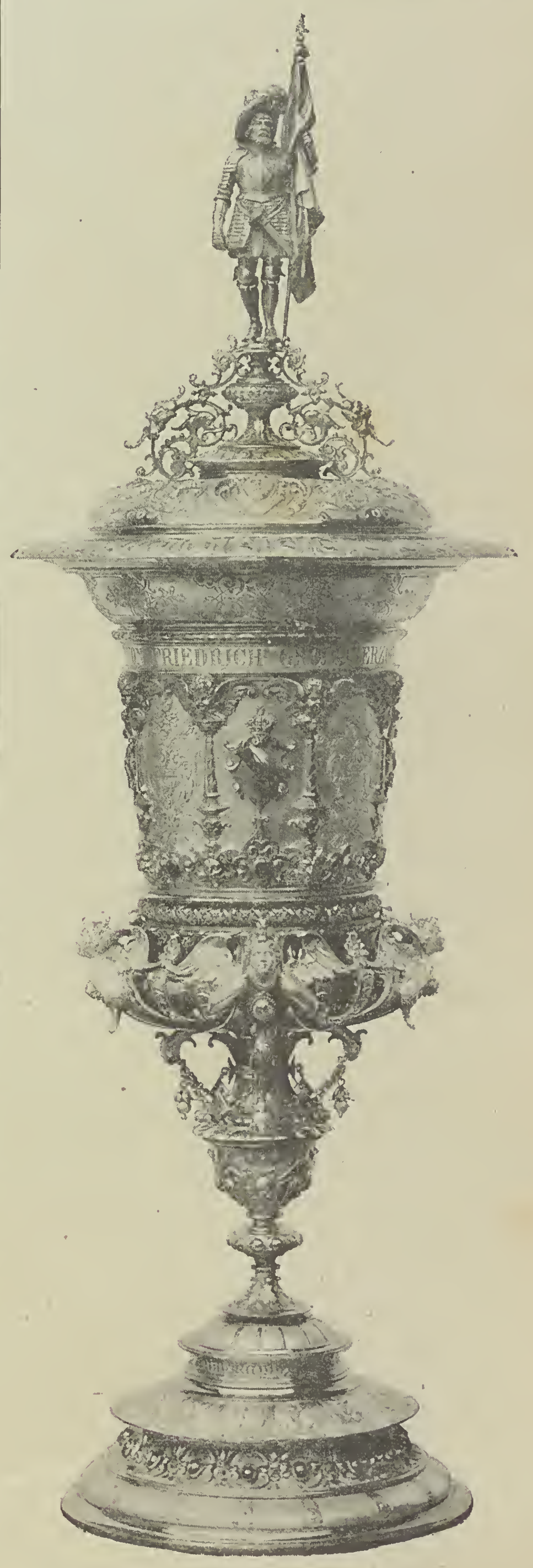
VII

A solas con su pena, en su linda habitación, Blanca pudo dar rienda suelta á sus sollozos.

– ¡Qué locura! – pensaba – ¿Cómo pude hacerme la ilusión de que una pobre florista como yo fuese correspondida en formales y honestos amores por tan rico y noble caballero?

Mucho le costaba desprenderse de aquella vaga pero dulcísima esperanza que había sido el encanto más poético de su vida; pero ¡ay! la realidad fría, implacable, hundía en un abismo el castillo encantado de sus ensueños de amor.

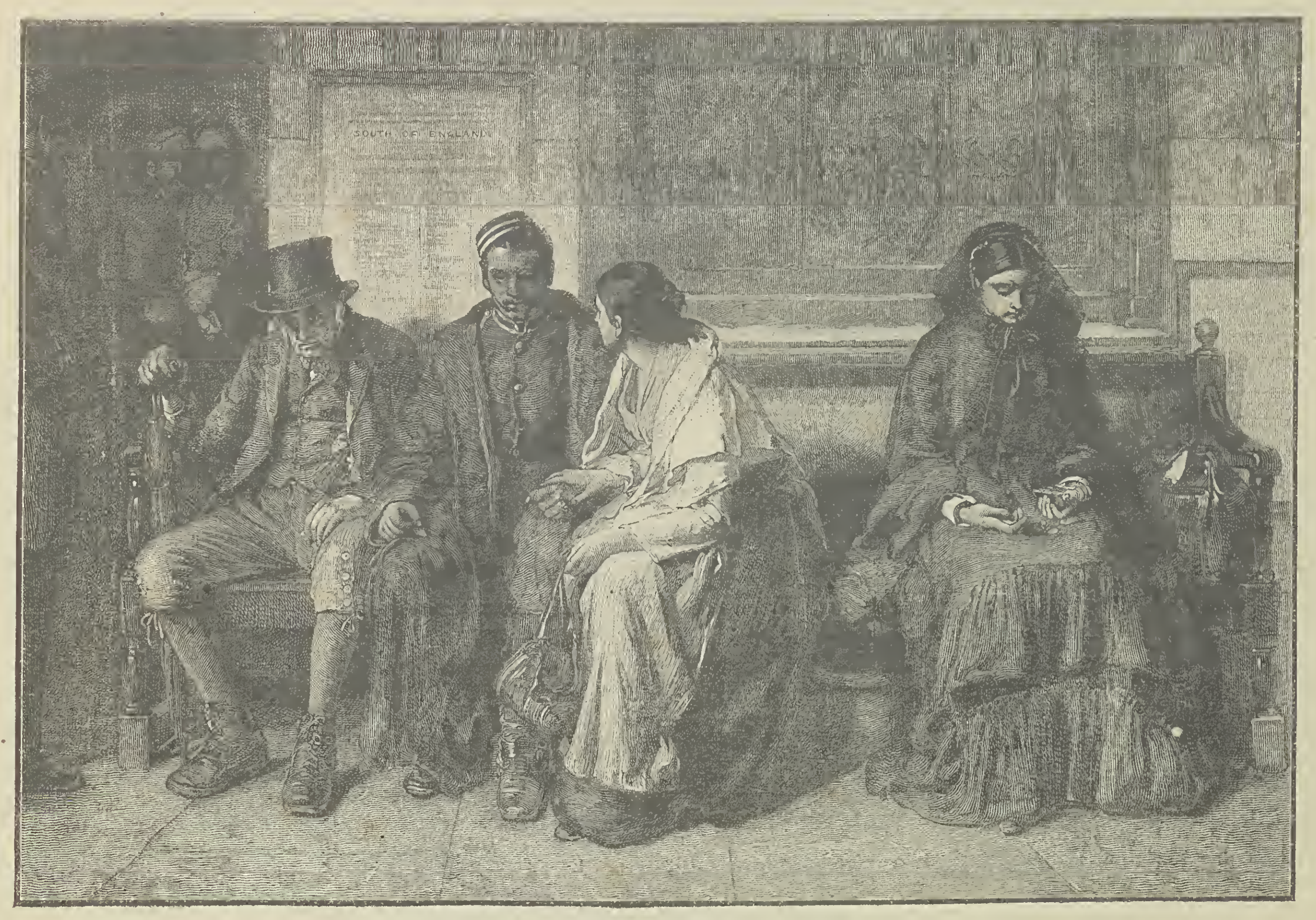
– ¡Todo se acabó! – se decía. – Dentro de un mes, qui-



COPA OFRECIDA POR EL GRAN DUQUE DE BADEN AL VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS DE PFORZHEIM



EN UN TEATRO POPULAR DE NÁPOLES, dibujo de E. Limmer



ABANDONANDO EL PAÍS, cuadro de Frank Holl

zás antes, la señora marquesa de Laval vendrá en compañía de su esposo á escoger flores para algún traje de baile!...

Trémula y llorosa se arrebujó en su cama; pero de tal modo se sintió toda la noche agitada por la tensión de sus nervios y el torbellino de sus ideas, que no pudo reconciliar el sueño hasta la madrugada. Á los primeros resplandores del nuevo día cayó en un sopor febril, sacudida aún por un temblor convulsivo y bañado el rostro por las lágrimas.

Entonces tuvo Blanca un grato sueño.

En un templo lleno de flores, incienso y luces, con el altar mayor ricamente engalanado; á los acordes del órgano, cuyas voces se dilataban majestuosamente por las grandiosas naves; entre una multitud de elegantes damas y apuestos caballeros, se adelantó hacia el presbiterio una tímida y hermosa joven, vestida de blanco. Y aquella joven era ella misma, y aquel albo traje era de boda, y llevaba en la mano aquel ramo de flores, objeto de tantos incidentes y causa de tan honda pena. Arrodillóse sobre un almohadón de terciopelo carmesí, y á su lado se hincó también de rodillas el prometido esposo – el gallardo marqués de Laval...

El sol plateaba los nevados techos y las cornisas de las casas, cuando Julieta, acabada de levantarse, se asomó por entre las cortinas de su ventana.

Concluída su *toilette*, se acercó de puntillas al cuarto de Blanca. Aplicó el oído á la puerta y la empujó con tiento. No la extrañó encontrar á la muchacha acostada todavía. Las lágrimas sorprendidas la víspera en los ojos de la pobre enamorada, le habían hecho presumir que pasaría una noche de agitación y de insomnio.

Acercóse á la cama, y merced á la tamizada luz que penetraba por las cortinas de la ventana, vió con sorpresa que el rostro de su pupila había experimentado una transformación completa. En vez de las huellas de tristeza observadas en la noche anterior, ahora ofrecía una especie de irradiación de inefable gozo. Sus labios entreabiertos dibujaban una angelical sonrisa, y de vez en cuando se movían como articulando alguna palabra imperceptible.

Julieta aplicó un suave beso en la serena frente de su ahijada, quien, al contacto de unos labios, se estremeció ligeramente y respondió con un beso en el vacío.

Después de un instante de muda contemplación, Julieta volvió con tiento á su cuarto, cogió el ramo del marqués, que había subido al recogerse, y fué á colocarlo con el jarro de Sevres sobre la chimenea del dormitorio de Blanca. Dirigió á la joven una mirada y una sonrisa de tierno afecto, y fué á colocarse en el pasillo, junto á la puerta, después de cerrarla con estrépito.

Al ruido de la puerta, Blanca dispertó con sobresalto.

Había cesado de nevar.

Un hermoso sol, mensajero de alborozo, que producía brillantes reflejos en los frisos y ventanas, hirió con flechas de oro los entornados ojos de la bella durmiente.

Esta se incorporó en la cama y dió un grito de sorpresa. Delante del espejo de la chimenea, se alzaba majestuoso el ramo de flores del marqués, cual copo enorme de fragante nieve, envuelto en ondas de encaje.

Un satinado billete asomaba una de sus puntas por entre dos rosas. Blanca se apresuró á cogerlo y leyó estas solemnes palabras:

«El marqués de Laval tiene la honra de pedir la mano de la señorita Blanca Sary.»

ÁRABES JUGANDO AL CHAQUETE, cuadro de L. Carlos Muller

– ¿Estoy soñando todavía? – exclamó Blanca echándose en brazos de Julieta que acababa de entrar.

– No, hija mía. Era para tí el ramo destinado á la futura marquesa de Laval.

Juan B. Enseñat

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD
en Alcalá de Henares

II

El teatro académico, ó Paraninfo, es un gran salón rectangular. Arrimada á sus muros, corre una plataforma; en el centro de sus lados mayores, frente á la puerta, se alza la tribuna; en la parte superior, ábrese una galería de diez y ocho huecos; y el techo es un artesonado morisco, de madera. En la plataforma, se encontraba la sillería para los claustrales, obra sencilla, de nogal, grecoromana, que parece ser la que hoy se halla repartida en el Paraninfo viejo y otras cámaras de la Universidad de Madrid. Además, dícese que, en su tiempo, había unas gradas de azulejos de colores, divididas por barandas de hierro dorado; y en el centro, otra plataforma, con el mismo adorno, donde se colocaban los graduandos y los oradores: nada de esto existe. El estilo de la tribuna es del Renacimiento; formada de tableros azules con relieves dorados, se halla muy mal restaurada, como igualmente otras partes del Paraninfo. Los balcones de la galería son de arco rebajado; tienen una balaustrada de piedra, hoy tabicada por detrás y se hallan divididos por pilastras y coronados por una cornisa: todo ello, profusamente adornado con grandes placas de estuco, en el gusto del Renacimiento también: hojas, candelabros y jarrones, de buen estilo.

El artesonado es, en su estructura, del tipo árabe; y su traza, de estrellas de 6 puntas, combinadas con exágonos, el fondo de los cuales adorna un florón dorado; los casetones son quizá demasiado grandes para la altura del salón, defecto frecuente en nuestros artesonados de este tiempo. Sin embargo, sus autores, Bartolomé Aguilar y Hernando de Sahagún, lo son también del admirable techo de la Sala Capitular de Toledo, uno de los que menos adolecen de aquella falta. Ayudáronles en la obra los pintores Luis de Medina, Diego López, Alonso Sánchez y Juan de Borgoña; y sin duda que, con todos sus defectos, tendría muy otro ver, al concluirse, que hoy, después de la despiadada restauración que ha sufrido.

La capilla (la del Colegio de San Ildefonso, pues en otro cuerpo de edificio está la del de San Pablo) forma un rectángulo prolongado de 41 metros por 9,50 en la nave, y poco más de 9 en el presbiterio, separado de aquélla por el arco de triunfo, del último tipo gótico; de los 41 metros de longitud, corresponden al presbiterio 13. A los pies de la iglesia, sobre la puerta principal, se alza el coro, que ocupa unos 8 metros de aquella longitud. En el muro S., hay una ventana y un púlpito; casi á la mitad del del N., una puerta, que comunica con uno de los patios laterales. En el centro del presbiterio, estuvo hasta mediados de este siglo el sepulcro de Cisneros, hoy en la Magistral; y en el fondo, sobre tres gradas, hay un altar moderno é insignificante. – Los techos de este edificio son dos, ambos artesonados mudejares, uno para la nave toda, y otro, más alto, para el presbiterio solo; hallándose uno y otro protegidos por cubiertas de muy alta armadura.

Esta capilla, acaso la parte más interesante que resta del monumento, parece corresponder á la obra primitiva, ó sea de Gumiel, aunque Madrazo cree que su decoración es contemporánea de la del Paraninfo. La semejanza no es con todo tan indiscutible. Según ya vimos, la ornamentación de aquél es completamente del Renacimiento, y la de la Capilla (en medio de algunos pormenores moriscos), en general, plateresca, entendiendo por este término la combinación de aquel estilo con el gótico – combinación que por mucho tiempo se ha creído exclusivamente española, pero que abunda en muchos otros países, no sólo en Portugal, sino en Italia y hasta en Inglaterra. – El único factor común, y en verdad no despreciable, es el procedimiento y material de la decoración, que en ambos departamentos es de ataurique, aunque con diverso estilo en los motivos. Los de las pilastras, que dividen á los muros en entrepaños, así como los de éstos, son de Renacimiento; los arcos ciegos y ornamentales, que van de pilastra á pilastra, góticos; en el friso y la crestería que corona la decoración, se mezclan ambos elementos; y el entablamento (muy destruído), mudejar, perfilado por el cordón franciscano. – Las puertas, menos una, difícil de reconocer, son de arco rebajado.

Los dos artesonados, el de la nave y el del presbiterio, mudejares también, según se ha dicho, tienen las líneas moriscas y las hojas pintadas en el fondo de los casetones; recuérdese que las del techo del Paraninfo son de relieve. Pertenecen al Renacimiento; y á pesar del lamentable estado de abandono en que se encuentran, por más que sería más lamentable la idea de «restaurarlos» como el del Paraninfo, exceden á éste en finura. – El de la nave se ochava en los dos ángulos contra el muro del presbiterio, cortándose en plano por el otro extremo, sobre el coro, tal vez desde un principio, tal vez á consecuencia de las obras que se hicieron al sustituir la primitiva fachada de esta capilla por la actual, de que luego hablaremos. – El artesonado del presbiterio forma una pirámide truncada, cuya base es un octógono prolongado.

El arco de triunfo tiene adornada su archivolta con el mismo cordón que se ve en otras partes del edificio, y el intradós, con motivos de Renacimiento; á cada lado presenta una decoración gótica; y lo cerraba una hermosa verja dorada – según dicen – la cual se vendió con el retablo.

En el lienzo del Sur, dijimos, se halla el púlpito, que es octogonal y plateresco, cubierto por un pináculo gótico.

El coro descansa sobre un arco rebajado; y su entarimado, sobre 4 columnas de Renacimiento; la sillería, de este mismo estilo y muy semejante á la de la Iglesia Magistral de la misma ciudad, consta de dos cuerpos y ofrece poco interés.

No lo tiene mayor la fachada actual, greco-romana, compuesta de una puerta con arco de medio punto, con una columna y una pilastra á cada lado, un medallón encima, que representa á San Ildefonso, y dos escudos de Cisneros.

Por último, la cubierta exterior del presbiterio forma una especie de cúpula ciega de ocho lados desiguales, correspondientes á los del artesonado que protege, y cuyos muros se elevan unos 4 metros. Este sistema de hacer resaltar la cubierta del presbiterio sobre la de la nave, tiene acaso precedentes moriscos y constituye un tipo, que se perpetúa luego en nuestras iglesias del XVII, singularmente en Castilla; aunque, por lo común, sin que esta especie de cúpula salga de la planta cuadrada. Aquí, los muros, al exterior, se hallan decorados con atauriques ojivales, figurando arcos ciegos y otros motivos. Esta construcción llamó la atención á Street, aunque erróneamente la creyó de época más moderna.

De los muchos enterramientos de hombres ilustres, cuyos restos descansaron un tiempo en esta iglesia, quedan todavía los de los arquitectos Gumiel y Sopeña, del «divino» Vallés y algunos otros.

Por el presbiterio se da ingreso á la sacristía, que es un salón con artesonado del Renacimiento, sostenido sobre tres columnas, muy destrozadas, que lo dividen en tres naves.

Resta decir algo de los patios. Nada menos que 13, tuvo un tiempo; pero de los que hoy aun subsisten, sólo merecen especial mención el principal, el de los *Continuos* y el de San Pablo. – El primero, rectangular reconstruído por Sopeña en el siglo XVII, es greco-romano y consta de tres pisos con sus correspondientes galerías, formadas por 96 columnas, seudo-dóricas en los dos inferiores y jónicas en el tercero, sobre el cual corre una balaustrada de piedra, dividida por pirámides, en cuyos pedestales van repartidas las letras de la leyenda en otro lugar ya mencionada: *en luteam olim celebra marmoream*. La balaustrada va interrumpida por un gran medallón en cada lado: representan, dos de ellos, á Santo Tomás de Villanueva y á Cisneros; y los otros dos, las armas de éste. Dichas esculturas, como la del brocal de pozo que ocupa el centro del patio, son obra de Francisco de la Dehesa y bastante malas. Por el contrario, el patio, en el tipo de Herrera, tiene buenas proporciones y aun es más esbelto de lo que suelen serlo los nuestros de aquel tiempo.

Del segundo patio, ó de los «Continuos,» sólo llegó á hacerse un frente, que no existe. Pero el tercero, llamado «trilingüe,» donde está la puerta del Paraninfo, se conserva bastante bien. Tiene dos pisos; y su claustro, formado por 36 columnas jónicas en el cuerpo inferior y otros tantos pilares octogonales en el de arriba, es obra de Francisco de la Cotera, á mediados del siglo XVI. En cuanto al patio de San Pablo, correspondiente al colegio de este nombre, aunque comprendido en el mismo edificio, es del estilo último ojival y de corta importancia.

F. Giner de los Ríos

UN FERRO-CARRIL POR LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS
en el estado de Colorado (Estados Unidos)

La red de ferrocarriles en el mundo toma de año en año, de día en día pudiera decirse, una extensión prodigiosa, llamada seguramente á modificar completamente los futuros destinos de los pueblos. Un hecho es la construcción de esa inmensa vía férrea transcaspiana, cuya ejecución han perseguido los rusos con la constancia y fuerza de voluntad que los caracteriza y que une la Europa al centro del Asia. Mientras estos trabajos se hacen en Asia, en todas partes se efectúan otros semejantes en América. Pero todavía en los Estados Unidos es donde el desarrollo de los ferro carriles es más rápido y se realiza con mayor actividad la construcción de las vías férreas.

Siempre es curioso registrar la historia de esas nuevas construcciones que á menudo toman en América el carácter de los episodios de una novela, y tal es el caso del nuevo ferrocarril que va á pasar por las Montañas Pedregosas del Colorado. Está destinado á reemplazar otro camino deficiente que contorneaba las montañas en las cercanías de Silverton (fig. 1.ª) y va á elevarse cerca de 4000 metros de altitud para pasar por la orilla del famoso lago de Plata (fig. 2.ª), en cuyos alrededores abundan los minerales preciosos. El trasporte de los rails se verifica á lomo de asnos, llevando cada uno dos, cuyos extremos posteriores arrastran por el suelo.

Nada es más curioso que la partida de Silverton de semejante expedición: nuestros lectores tendrán una idea exacta porque nuestro grabado (fig. 3.ª) es la reproducción de una fotografía.

El nuevo ferrocarril está destinado á unir en prosperidad dos ciudades, Ouray, estación término de un ramal del *Denver and Rio Grande Railroad*, y Silverton, que termina otro ramal de la misma compañía. Estas dos ciudades están separadas por altas montañas y profundos valles.

La nueva vía férrea tendrá 22 millas ó sean 35 kilómetros de longitud, y su construcción ha de ofrecer serias dificultades; pero atraviesa regiones mineras de gran riqueza á cuya explotación asegurará muy pronto una extensión considerable.

Hace unos 10 años la producción minera de Colorado no excedía de tres á cuatro millones de dollares (15 ó 20 millones de pesetas) anuales; en 1880 pasó de 22 millones de dollares (110 millones de pesetas). Y gran número de minas están aún por explotar.

LAS ANTIGÜEDADES MEXICANAS
en la próxima Exposición universal de París

Nadie ignora cuán grande es la riqueza de México en antigüedades de toda clase que ofrecen al historiador, al antropólogo y al arqueólogo una mina inagotable que explotar. El gobierno mexicano no ha retrocedido ante ningún sacrificio para hacer valer los tesoros de la historia de su país en la futura Exposición parisiense, y en la actualidad se construye en ella á su costa un pabellón especial para las antigüedades de México. Dicho gobierno hace gastos considerables para esta Exposición, á la que se propone enviar plantas raras, ejemplares geológicos y mineralógicos, mármoles y piedras preciosas, organizado todo ello por el distinguido arqueólogo el doctor D. Antonio Peñafiel.

Entre las colecciones más notables que figurarán en el pabellón especial de antigüedades mexicanas, citaremos la de Eugenio Goupil, de París, hijo de México; colección que contiene objetos de mucho valor y de gran belleza.

Nuestros grabados reproducen exactamente algunos de ellos. La figura 2 representa cuatro vasos funerarios encontrados en unas tumbas de las cercanías del palacio de Mitla, en Oaxaca. El mayor de ellos tiene cuarenta centímetros de altura por treinta y dos de anchura; las dimensiones del menor, que representa al dios Murciélago, son quince y catorce respectivamente. M. Martin, antiguo cónsul de Francia en aquella República, trajo en 1845 estos objetos, que son divinidades zapotecas.

La figura 1 es una estatuílla de tierra cocida, probablemente imagen del dios de la guerra. Lleva al cuello un collar formado de mandíbulas superiores ó paladares humanos; en la mano derecha tiene un vaso de sacrificio en forma de garra de tigre; y aunque la izquierda está estropeada, es probable que empuñara un arma, ó por lo menos un cuchillo de sacrificios. Ostenta también un ancho cinturón guarnecido de objetos de dudosa nomenclatura, si bien por analogía puede suponerse que son restos humanos: en el centro de este cinturón se ve una cabeza de guerrero con una gola adornada de curiosos grabados.

El tocado de la estatua se parece á ciertos tocados guerreros de los naturales de la Oceanía, con la diferencia de que esta imagen está rapada de un solo lado, el izquierdo; por consiguiente, este lado tenía, como para los aztecas (por ejemplo, el dios Huitzilopochtli) una significación importante; pero con variantes.

Esta curiosa muestra del arte cerámico de los antiguos zapotecas tiene gran valor histórico, y fué encontrada en una tumba de la misma localidad que los vasos anteriores: tiene setenta y dos centímetros de alto por treinta y cuatro de ancho.

A derecha é izquierda de la figura 1 hay un vaso funerario y una cabeza de ídolo; en el centro se ve un vasito de madera de zapote encarnado y tallado, de la misma procedencia.

Por los ejemplares que acabamos de mencionar, podrá juzgarse de la importancia de las colecciones mexicanas que figurarán en la Exposición de París de este año.

(De *La Nature*)

EL INSTITUTO PASTEUR

No creemos necesario recordar el origen de la suscrición que ha asegurado la fundación del *Instituto* Pasteur. Todos los periódicos han dado cuenta de los grandes trabajos del ilustre químico, y por lo mismo suponemos á nuestros lectores enterados de los principales hechos de esta memorable historia, historia interesante del tratamiento profiláctico de la rabia, una de las más preciosas conquistas de esa nueva rama de la ciencia, que llaman técnicamente la *microbia*.

Levántase actualmente el Instituto en medio de un amplio terreno de la calle de Dutot en París: millares de

UN FERRO-CARRIL POR LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS



Fig. 1. El camino en las Montañas Pedregosas



Fig. 2. El lago de plata (á 3800 metros de altitud)

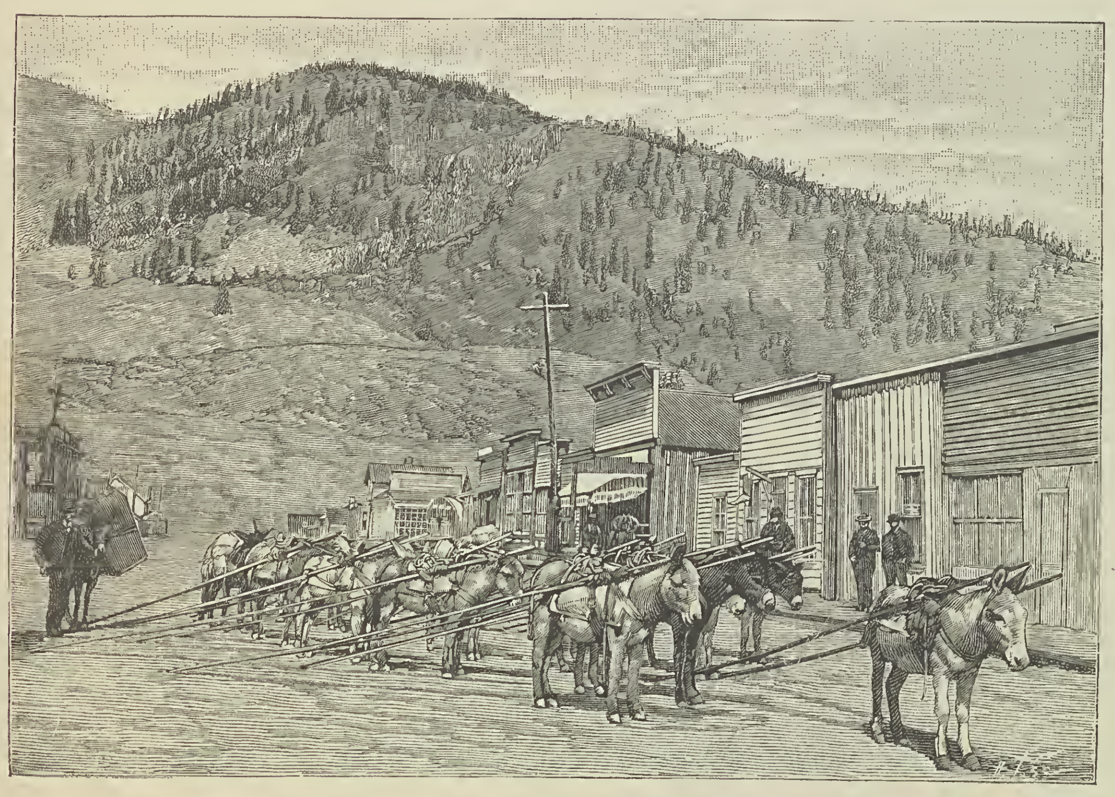


Fig. 3. Silverton. Partida de una expedición para la construcción de una vía férrea. Transporte de rails á lomo de asnos

suscritores de todas las regiones de Francia han contribuído generosamente á su construcción, y al llamamiento de M. Pasteur han respondido también todos los países del mundo, comprendiendo desde luego la grande importancia y el interés general del establecimiento.

La suscrición, que sigue todavía abierta, ha producido ya más de dos millones y medio de francos, habiéndose consagrado millón y medio á la adquisición del terreno, á las construcciones, adecuadas facultativamente al objeto, y á las necesidades interiores del edificio, terminado ya á estas fechas (1).

Como ya es sabido, pues tuvo el hecho la mayor resonancia, se inauguró el *Instituto Pasteur*, el 14 de noviembre del año próximo pasado en presencia de M. Carnot, presidente de la república, de casi todos los ministros, de muchos miembros del Instituto de Francia y de su Academia y de gran número de otras notabilidades.

El secretario perpetuo de la Academia de ciencias Mr. Bertrand, abrió la sesión felicitando á su ilustre colega del Instituto y dándole gracias, con tanta elocuencia como oportunidad, en nombre de la ciencia, de Francia y de la humanidad entera.

Siguióle en el uso de la palabra Mr. Christophle, director del Crédito territorial, hablando con mucho ingenio y habilidad de los grandiosos resultados de la suscrición, á que han contribuído así los grandes como los pequeños bolsillos.

Sentimos no disponer de mayor espacio para reproducir en esta reseña las oportunas y bien dichas palabras del Director del Crédito; pero en cambio insertaremos sin importantes supresiones el discurso de M. Pasteur, el héroe de esta gran victoria de la paz.

Este discurso, como se verá, es un modelo de elocuencia: los sentimientos que brotan del corazón, la llama sagrada del patriotismo y los más elevados pensamientos brillan alternativamente en él con el mismo esplendor.

«El que, dentro de veinte años, escriba nuestra historia contemporánea é investigue cuáles han sido, á través de los hechos políticos, los pensamientos íntimos de Francia, podrá decir con orgullo que ha puesto en el primer lugar de sus aspiraciones la enseñanza en todos sus grados. Desde las escuelas rurales hasta los laboratorios de los altos-estudios, todo se ha fundado ó renovado. Discípulo ó profesor, cada cual ha tenido en ello su parte.

»Los grandes maestros de la Universidad, sostenidos por los poderes públicos, han comprendido que, si era preciso hacer correr como amplios ríos, la enseñanza primaria y secundaria, preciso era también cuidarse de las fuentes, es decir de la enseñanza superior. Ellos han dado á esta enseñanza la atención que le es debida y el lugar que le corresponde. Semejante instrucción sólo se reservará á un pequeño número; pero de este pequeño número y de sus escogidos dependen la prosperidad, la gloria, y en último análisis, la supremacía de un pueblo.

»He aquí lo que se dirá y lo que se hará en honor de los que han provocado y secundado este gran movimiento.

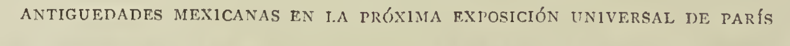
»En cuanto á mí, señores, si he tenido la satisfacción de llegar en algunas de mis investigaciones hasta el conocimiento de principios que el tiempo ha consagrado y hecho fecundos, es porque no se me ha negado nada de lo que he necesitado.

»Y el día en que, presintiendo el porvenir que iba á abrirse ante el descubrimiento de la atenuación de los virus, me dirigí á mi país para que nos permitiera, por la fuerza y vuelo de las iniciativas privadas, crear laboratorios que no sólo se aplicarían al método de profilaxia de la rabia, sino también al estudio de las enfermedades virulentas y contagiosas, aquel día nos dió Francia á manos llenas.

»Suscriciones colectivas, liberalidades privadas, donativos magníficos debidos á fortunas que siembran el bien como el labrador el trigo; todo lo trajo, hasta el ahorro hecho por el operario á costa del salario de su rudo trabajo.

»Mientras se realizaba esta obra de concentración francesa, dábannos tres soberanos generoso testimonio de efectiva simpatía. El sultán quiso ser uno de nuestros suscritores; el emperador del Brasil, ese ilustre emperador, letrado y científico, inscribió su nombre con la alegría de un colega, y el czar saludaba la vuelta de los rusos, sometidos á nuestro tratamiento y respondía á su curación con una largueza verdaderamente imperial.

»En presencia de los médicos rusos que han de trabajar en nuestros laboratorios y tienen ya puesto honroso



ANTIGUEDADES MEXICANAS EN LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS



Fig. 1. – Divinidad zapoteca en tierra cocida



Fig. 2. – Vasos funerarios mexicanos. – Colección de M. E. Eugenio Goupil

entre nosotros, dirijo al emperador de Rusia el homenaje de nuestra respetuosa gratitud.

»Cómo se han centralizado todas estas sumas en la caja del Crédito territorial y cómo se ha hecho uso de ellas, acabáis de oirlo, señores. Pero lo que M. Christophle no os ha dicho es el esmero y solicitud con que ha procedido en la gestión de estos bienes nacionales.

»Antes de poner la primera piedra, decidió, á pesar mío, el comité de patronato de la suscrición que llevara mi nombre el Instituto. Mis objeciones persisten contra un título que reserva á un hombre el homenaje debido á una doctrina. Pero me siento turbado por semejante exceso de honor y mi gratitud no es menos viva ni menos profunda. Nunca se ha encontrado un francés, dirigiéndose á otros franceses, más conmovido que yo estoy en este momento.

(1) El Instituto Pasteur se ha construído según los planos de M. Petit, á quien sorprendió la muerte en sus trabajos en octubre de 1887. Sin embargo, se siguieron fielmente sus planos por su digno sucesor Mr. Brebant.

»Ved pues edificada esta gran casa, de la que podrá decirse que no hay una piedra que no sea signo material de una idea generosa: todas las virtudes han contribuído á levantar esta mansión del trabajo.

»¡Ah! tengo, sin embargo, la profunda melancolía de entrar en ella como un hombre *vencido por el tiempo*, que no tiene ya en torno de sí á ninguno de sus maestros, ni aun siquiera á ninguno de sus compañeros de lucha, ni á Dumas, ni á Bouley, ni á P. Bert, ni á Vulpian, que después de haber sido contigo, mi querido Graucher, el consejero de la primera hora, ha sido el defensor más convencido y más enérgico del método.

»Sin embargo, tengo el dolor de decirme: No existen ya, después de haber tomado valerosamente parte en las discusiones, que no provoqué yo jamás, pero que debí mantener: si no pueden oirme proclamar lo que debo á sus consejos y apoyo; si me siento tan triste en su ausencia como el día siguiente de su muerte, tengo á lo menos el consuelo de pensar que todo lo que hemos defendido juntos, todo perdurará.

»Nuestros colaboradores y discípulos participan igualmente de nuestra fe científica.

»El profesor Graucher dirigirá el servicio del tratamiento de la rabia, con la competente colaboración de los distinguidos doctores Chantemesse, Charrin y Terrillon.

»El ministro de Instrucción pública ha autorizado á M. Duclaux, el más antiguo de mis discípulos y colaboradores, y actualmente catedrático de la facultad de ciencias, para trasladar aquí la clase de química biológica, que explica en la Sorbona, y él será quien dirija el laboratorio de microbia general.

»Mr. Chamberland se encargará de la asignatura de la microbia en sus relaciones con la higiene.

»El doctor Roux enseñará los métodos micróbicos en sus aplicaciones á la medicina.

»Y dos ilustres rusos, los doctores Metchnikof y Gamaleia, nos ayudarán en la obra con tan noble desinterés como espontaneidad, siendo de su competencia la morfología de los organismos inferiores y la microbia comparada.

»Bien conocéis, señores, las esperanzas que nos infunden los trabajos del doctor Gamaleia; y de intento me sirvo de la palabra *esperanzas:* La aplicación al hombre está lejos de haberse hecho en este momento; pero se ha hecho la más ruda y difícil etapa.

»Constituído nuestro Instituto, como acabo de decir, será un asilo para el tratamiento de la rabia, un centro de investigaciones para las enfermedades infecciosas y un lugar de enseñanza para los estudios que dependen de la microbia. Nacida ayer, pero nacida completamente armada, esta ciencia nueva saca tal fuerza de sus recientes victorias que arrastra todos los espíritus.

»Conservad, carísimos colaboradores, conservad el noble entusiasmo que venís mostrando desde la primera hora; pero asociadlo por manera inseparable á la más severa prueba. No aceptéis nada que no pueda probarse de un modo sencillo y decisivo.

»Dad culto al espíritu crítico. Reducido á sí solo, no es despertador de idea, ni estímulo de grandes cosas. Sin él todo es caduco; siempre tiene la última palabra. Lo que aquí os pido, y lo que pediréis á vuestra vez vosotros á los diseípulos que forméis, es lo más difícil para el inventor.

»Creer que se ha encontrado un hecho científico importante, tener la fiebre de anunciarlo y verse obligado, durante días y semanas y meses y aun años enteros, á combatirse á sí mismo, á arruinar sus propios experimentos y no proclamar su invención hasta haber agotado todas las hipótesis contrarias, sí, es una tarea arduísima.

»Pero cuando después de tantos esfuerzos, se llega en fin á la certidumbre, se siente la mayor alegría que pueda sentir alma humana, y todavía la idea de contribuir al honor y gloria de la patria hace más y más viva y profunda esta alegría.

»Si la ciencia no tiene patria, el hombre de ciencia debe tenerla, y á ella debe referir la influencia que sus trabajos puedan tener en el mundo.

»Si me fuera permitido, señor presidente, terminar con una reflexión filosófica, suscitada en mi ánimo por su presencia en esta sala de trabajo, diría que dos leyes contrarias parecen hoy en lucha: una ley de sangre y de muerte que, imaginando cada día nuevos medios de combate, obliga á los pueblos á estar siempre dispuestos y apercibidos para el campo de batalla; y otra ley de paz, de trabajo y de salud que sólo tiende á librar al hombre de las plagas que por donde quiera lo rodean.

»La una busca las conquistas violentas; la otra sólo el alivio de la humanidad: ésta pone la vida humana sobre todas las victorias; aquélla sacrificaría millares de existencias á la ambición de uno solo.

»La ley cuyos instrumentos somos, hasta procura, en medio de la carnicería, curar los sangrientos males de la cruel ley de guerra. Los apósitos inspirados por nuestros métodos antisépticos pueden preservar á millares de soldados.

»¿Cuál de estas dos leyes triunfará de la otra? Sólo Dios lo sabe. Pero lo que podemos nosotros asegurar es que la ciencia francesa se habrá esforzado, obedeciendo á esta ley de humanidad, en dilatar las fronteras de la vida.»

Después de la ceremonia de inauguración recorrieron los asistentes los edificios y jardines del Instituto. El monumento principal tiene la fachada paralela á la calle Dutot: la planta baja comprende el laboratorio de M. Pasteur, la administración, los caloríferos y las cavas. El segundo cuerpo de edificio, unido al primero por una gran galería, constituye el verdadero establecimiento micróbico, donde está instalado, en la planta baja, el servicio de la rabia.

A la derecha del edificio se penetra en la sala de espera de las personas sometidas al tratamiento; registro, archivos, inoculación, etc., forman los diferentes servicios de las salas que siguen. El ala izquierda de este segundo edificio comprende en su planta baja, una sala de cátedras, un laboratorio de disección, estufas, un gabinete de zoología, un laboratorio de fotografía y almacenes.

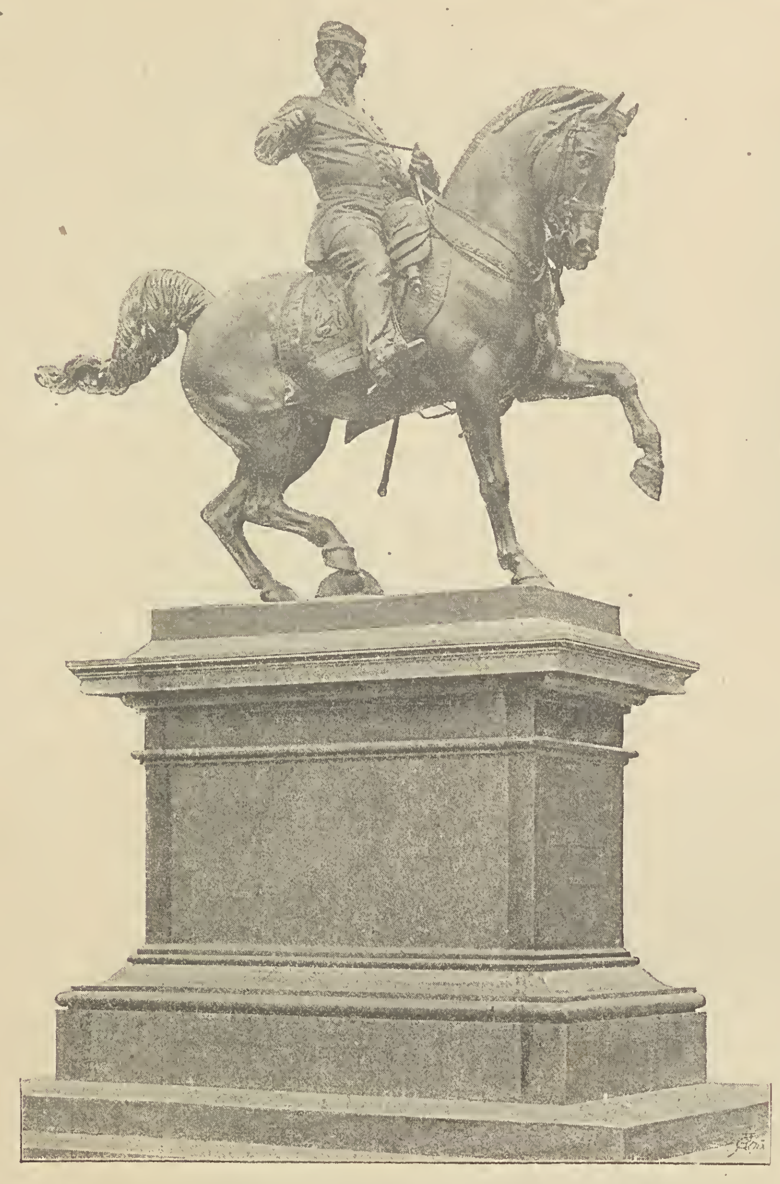
Detrás de este edificio hay diseminados en el jardín construcciones anexas. Mencionaremos como de importancia especial, el departamento de los animales en observación ó experimento, el de los animales rabiosos y las perreras.

Después de haber echado una ojeada al conjunto del establecimiento, visitemos más especialmente el primer piso de los dos edificios principales. El primer cuerpo de edificio, cuya fachada viene á dar á la calle Dutot, comprende, á la derecha, los departamentos de M. Pasteur, y á la izquierda, el salón biblioteca, en que se celebró la sesión inaugural. La galería de comunicación permite pasar de esta parte del edificio á la instalación de los laboratorios. Al extremo de cada ala del segundo edificio, dos grandes salones sirven de laboratorios á los discípulos, hallándose separados por una serie de otros laboratorios y por piezas reservadas al director, al preparador y á las colecciones. El segundo piso es en cierto modo la repetición del primero y asegura el espacio necesario á numerosos trabajadores.

La figura 2 ofrece el aspecto de la fachada principal: las cuatro ventanas indicadas á la izquierda del dibujo son las de la biblioteca, y las otras cuatro de la derecha corresponden á los departamentos del director. Una gran verja, con dos puertas laterales, cierra el establecimiento por la parte de la calle Dutot.

Todo está pues bien comprendido y bien ejecutado en tan magnífico monumento, donde el aire y la luz circulan ampliamente, pudiendo decirse con toda exactitud que el Instituto Pasteur es uno de los más bellos entre los establecimientos científicos modernos. Las construcciones no están amontonadas unas sobre otras, y el jardín que las circuye las aisla entre sí con un vasto espacio.

Este mismo jardín está muy acertadamente dispuesto, ni escaso ni sobrecargado de plantas y flores; y no se ha olvidado en él nada de lo que pueda embellecerlo, como la estatua de bronce del pastorcillo Jupille luchando con un perro rabioso (fig. 1). Este grupo, que recuerda un rasgo de heroísmo, está colocado enfrente de la escalera de honor de la entrada principal y prepara en cierto modo al visitante á los sentimientos que no deja de inspirar una visita al Instituto Pasteur. Este establecimiento, único en el mundo, no es sólo un templo de la ciencia, sino también un santuario de la caridad y de la abnegación; y no se sabe qué admirar más en su ilustre fundador, si al inventor de nuevas y fecundas doctrinas, ó al bienhechor de la humanidad.



MONUMENTO DEDICADO Á VÍCTOR MANUEL, EN BOLONIA, por G. Monteverde



Fig. 1. – El pastorcillo Jupille luchando con un perro rabioso (Grupo en bronce colocado á la entrada del Instituto Pasteur)

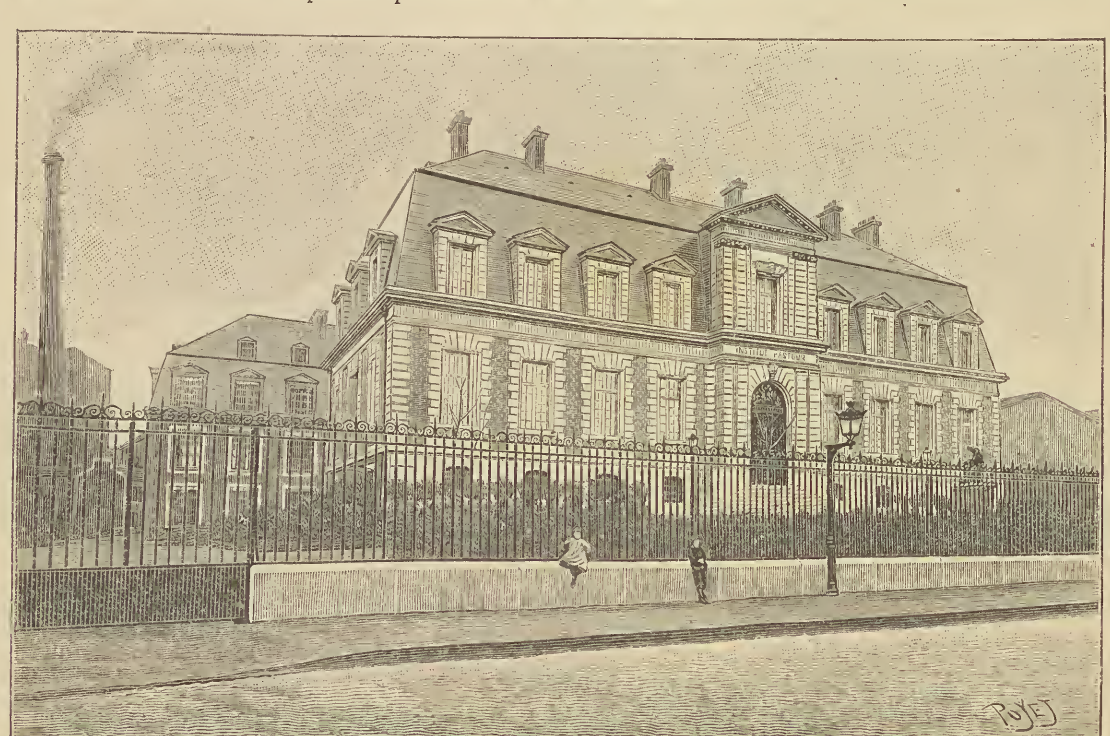


Fig. 2. – Vista de conjunto del Instituto Pasteur (*De fotografía*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN